

ella una mujer, y milagro más extraordinario que ése sólo se comparaba a la estrella fugaz que atraviesa casi imaginariamente el cielo negro y deja como rastro el ardiente espanto de un universo vivo. Era un hombre y era una mujer».

Antonio Maura

¿El fin de Norteamérica?*

Sabida es la desconfianza con que los historiadores suelen acoger las grandes panorámicas trazadas por las ágiles plumas de pensadores o publicistas, a menudo de innegable calidad. En el periodo de entreguerras la crepuscular reconstrucción de la cultura europea debida a Spengler atrajo la crítica, a las veces, inmisericorde, de los profesionales de Clío. En la última posguerra sería el ingente fresco toymbiano el que provocara las reservas y el rechazo

de algunos de los principales historiadores del momento, como, v. gr., Fernand Braudel.

Contra lo que pudiera creerse no siempre el monroísmo y un estrecho espíritu corporativista han inspirado tal repudio. Sin dejar de reconocer lo que de positivo y estimulante hay en estos grandes cuadros de la evolución de la humanidad, los historiadores han puesto en guardia sobre los excesos de fantasía y unilateralidad a que dichas visiones son tan proclives.

Bien es cierto, empero, que en la ocasión presente el tema no es desmesurado ni el autor un intruso o *parvenu*. Discípulo de uno de los más importantes polemólogos del siglo XX, el británico Sir Basil Liddle Hart, llegaba al campo de la historia militar desde el servicio de las armas, el oxiense Paul Kennedy aspira a desentrañar en su extensa obra las causas del esplendor y declive de las naciones que desde el orto de la modernidad hasta fines del segundo milenio han ejercido, sucesivamente, el liderazgo mundial. El bagaje de documentación y lectura sobre el que se construye su tesis es muy considerable, pero no abrumador e incluso, en ciertos extremos, insuficiente. No hay, así, por ejemplo, en su armadura bibliográfica ningún título castellano y el solo autor español mencionado, Vicens Vives, aparece a través de una traducción extranjera. A mayor abundamiento, tampoco los títulos franceses alcanzan una mención siquiera discreta, como ocurre igualmente con los germanos. Y su visión de la China de los Ming o del imperio otomano apenas si sobrepasa el nivel de un buen manual de bachillerato... de antaño.

La bibliografía anglosajona se enseñorea, pues, de los ocho amplios capítulos que vertebran la obra, pese, insistiremos, a que dos de sus cinco goznes fundamentales, si no por el tratamiento otorgado, sí por el análisis, se enquician uno en la España imperial y otro en la Francia del «Rey Sol». Por lo demás, debe convenirse en que la tesis revelada en la obra —como la capacidad económica de los diferentes imperios se descubrirá el talón de Aquiles más destacado de su fuerza militar— no resultará desorbitadamente ambiciosa ni compleja, aunque lo sea, y ¡hasta qué punto!, el intento de demostrarlo empíricamente, tarea en la que Kennedy incurre a veces en la farragosidad y en elementalidad, por el empeño, un tanto infantil, de acumular datos e información, con olor a rancio en muchas ocasiones.

A través de las experiencias de la dinastía de los Habsburgo, de la Francia luiscatorciana y napoleónica, de la In-

* Kennedy, P., *Auge y caída de las grandes potencias*, Plaza y Janés. Barcelona 1989. 812 pp.

glaterra victoriana y eduardiana y de los Estados Unidos investidos en su papel de guía indiscutible de Occidente al término de la Segunda Guerra Mundial, así como de capítulos más reducidos de la historia protagonizados por Japón o Rusia, este profesor inglés, especialista en la historia marítima —*The Rise and Fall of British Naval Mastery* (1976)—, quintaesencia el juego del poder a escala mundial así como la implantación de los diferentes órdenes internacionales registrados en los anales de la historia. El diagrama es siempre igual. Alcanzado el *leadership* por un país, el equilibrio de sus fuerzas cambiará. Al ampliarse sus dominios e intereses, flotas y ejércitos drenan hacia sí toda suerte de energías en un proceso elefantiásico. Tarde o temprano se producirá el infarto económico. Su base material no podrá ensancharse al mismo ritmo que su expansión política y militar o, lo que es lo mismo, al de las exigencias derivadas de su supremacía.

Sin demasiadas reservas puede aceptarse el núcleo central del argumento. Empleo, el enfoque de la hegemonía y decadencia de los grandes Estados se descubre como excesivamente economicista. Otros muchos factores, varios de ellos de índole espiritual, inciden en los *corsi* y *ricorsi* de la Historia. Aunque Paul Kennedy no los desdeña y hace justicia a su relevante papel en múltiples páginas de su obra, ésta no les presta, sin embargo, la atención requerida, incluso en el mismo plano militar de su preferencia. Un notable ejemplo de lo expuesto se halla en su caracterización esencial de la *Peninsular War*. No se encuentra en ella ni la menor alusión al espíritu de independencia, al sentimiento de una dignidad colectiva individual atropellada por las bayonetas, talante que inspiraría grandemente la epopeya española de 1808: «Además, la ofensiva de Napoleón en España a finales de 1808 no había «decidido» aquella campaña como él se imaginaba. Al dispersar a las tropas formales españolas, no había advertido que incitaba al pueblo a recurrir a la guerra de guerrillas, que era mucho más difícil de sofocar y que multiplicaba los problemas logísticos de las fuerzas francesas. Dado que la población local se había negado a proporcionar comestibles, el ejército francés dependía críticamente de sus propias y precarias líneas de abastecimiento. Además, al hacer de España un campo de batalla, y hacer lo propio de Portugal, Napoleón había elegido sin proponérselo una de las pocas zonas en que los todavía cautelosos ingleses podían ser inducidos a comprometerse, al principio a modo de tanteo, pero después con creciente confianza, al ver cómo explotaba Wellington las simpatías locales, la geografía de la pe-

nínsula, el dominio del mar y —no menos importante— sus cada vez más numerosos regimientos profesionales, para frenar y debilitar el clan francés. Las 25.000 bajas sufridas por el ejército de Massena en su inútil marcha contra Lisboa, en 1810-1811, fueron unas de las primeras señales de que la «úlcera española» no podía ser desbridada, ni siquiera cuando 300.000 soldados franceses habían sido enviados al sur de los Pirineos» (pág. 181).

Más de la mitad de la obra está consagrada a la evolución del último medio siglo en el que la influencia estadounidense ha sido predominante. El pasado inmediato de Norteamérica movió a Kennedy a escribir su obra, cuyas conclusiones han levantado en USA la controversia intelectual de mayor audiencia del último trienio. El autor británico aspira a demostrar en su estudio cómo el gran país ha seguido en su ascenso y auge idéntica geografía histórica que los precedentes imperios hasta encontrarse en la actualidad en el comienzo del fin de su liderazgo mundial, ejercido solitariamente sobre gran parte del planeta. En tal extremo y no obstante las enconadas réplicas que ha recibido en la prensa y publicística estadounidense, Kennedy, que no posterga casi nunca el matiz, se muestra muy ponderado. Al igual que no pocos escritores y políticos del presente, el autor piensa que la etapa del condominio mundial ejercido por las dos superpotencias va a dar vado muy pronto a un nuevo orden internacional en el que China, la Comunidad Europea e incluso la India se conviertan en sus polos configuradores. Hodierno no existen ya centros de poder decisorios a la manera del Londres decimonónico o del Nueva York de la década de los cincuenta. Muy probablemente, según la exégesis kennediana, Norteamérica generará las energías necesarias para adaptarse a una nueva coyuntura en la que seguirá siendo una gran potencia, si bien escoltada y acompañada por varias más.

El gran reto a que se enfrentan los Estados Unidos sería así no su decadencia sino su adaptación a un mundo interdependiente. Algunos de los refutadores de la obra *Auge y caída de las grandes potencias* subrayan con indisimulable chauvinismo cómo «el genio de la raza» encontrará caminos para preservar la creatividad y el dinamismo de sus períodos cenitales. Su incesante renovación política y económico-social determinará, según esos mismos impugnadores de Paul Kennedy, que durante mucho tiempo los Estados Unidos, «nación mundial», se sigan bañando en las fuentes de Juvencia...

Pero si el autor no traspasa el umbral del futuro tampoco lo hará su comentarista español. Hace más de dos si-

glos Rousseau, con acento prerromántico, se preguntaba ante la ruina y el ocaso de Esparta y de Roma «¿Qué estado puede durar por siempre?». En nuestros días un espíritu especialmente lúcido y apasionado por todo lo estadounidense, Raymond Aron, dedicaría las páginas finales de sus memorias, redactadas muy poco antes de fallecer, a discurrir sobre la trayectoria próxima del país que había soportado el peso de la púrpura en una fase crucial y decisiva para el destino de la libertad en el mundo. Su diagnóstico era aún más pesimista que el de Paul Kennedy.

**Jose Manuel
Cuenca Toribio**

Todos los juegos el juego*

«¿Es posible pensar el fragmento, la parte, la esquirola, sin pensarlos desde el Todo? ¿Es posible pensar el ser, el individuo, la parte sin diluirlos en el Ser, en el Estado, en la totalidad?».

* Manuel Benavides, *El juego del mundo*, editorial C.E.C.A., Caja de Guipúzcoa 1989. Premio Literario Ciudad de Irún de Ensayo 1988.

¿Cuál es la actividad que no pertenece al mundo aún estando en él, que es acción sin ser trabajo, pensamiento que no diluye, espacio absoluto dentro de un espacio relativo, tiempo fuera del tiempo y que revierte a los hombres, al espacio-tiempo en forma de mundo en pequeño?».

Con Manuel Benavides vamos a cuestionarnos el juego, los juegos, el mundo, los mundos posibles; y con él vamos a respondernos ya desde el primer capítulo de este libro, donde deja planteados los interrogantes fundamentales alrededor de los que desplegará su pensamiento.

La historia de la razón, es en buena medida, la de su incapacidad para pensar el ser sin referirlo al Ser, la parte sin engullirla en el Todo, el individuo sin que el Estado lo fagocite. Pero si el individuo no es pensable, tampoco puede expresarse y, para las ciencias humanas —el psicoanálisis, la lingüística, la antropología cultural—, su discurso es el discurso del otro, sea el padre, el lenguaje, la clase o el Estado. Impensable para la razón, inefable para el discurso, nefando para un pensamiento que lo aprehende vinculado al egoísmo de la sociedad de mercado, el individuo no se resigna. Y Benavides, tampoco. Convicto del peligro y desamparo que le acechan desde cualquier forma de pensamiento, ideología o praxis generalizadores, el autor busca intersticios desde los que colarse y poder expresarse sin diluirse, y lo hace a través de cuestionamientos: «¿Es que existe algún intersticio en el que el ser no se diluya bajo la abstracción del concepto, ni la acción se vea sometida a la tiranía de la necesidad?» Benavides recorre la filosofía, la ética y la estética desde Platón, pasando inevitablemente por Huizinga y Caillois, Octavio Paz y otros, hasta Ortega, Marcuse y Baudrillard, para buscar en el juego el reflejo de la relación hombre-mundo hecha sanción.

El juego —el arte, la ética, la cultura— es negación de la muerte, poder eufemizante, operador metafórico. El juego remeda a la vida, y la vida remeda al juego. «Vivimos —afirma Buytendijk— con la fortuna, con el azar, con un dios o un demonio, en todo caso con una potencia imprevisible, de suerte que el juego trae consigo la sorpresa de una aventura». A esta figura del juego se corresponde la del mundo, como azaroso producto de la conjunción de los átomos, infernal máquina contra la que el pensamiento se revuelve reclamando una cuna acogedora —como la que le prodigó el platonismo—, o que acepta con la sonrisa del epicúreo o la dureza de los *esprits forts*.

Desde el juego del mundo se entiende el juego humano como lo sin fundamento, sin valor, irresponsable, inocente. Y este mundo inocente le devuelve al mundo su propia